

WERNER, BONEFELD Y SERGIO TISCHLER  
(COMPS.), A CIEN AÑOS DEL "¿QUÉ HACER?",  
ARGENTINA, INSTITUTO DE CIENCIAS SOCIALES  
Y HUMANIDADES-BUAP-HERRAMIENTA, 2002

Jorge Gómez Izquierdo

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Sin lugar a dudas, la concepción y publicación de *A cien años del "¿Qué hacer?"* surge de la necesidad urgente de los intelectuales marxistas por encontrar respuestas a las tareas que los movimientos sociales anticapitalistas mundiales plantean en su lucha por construir un mundo mejor para todos. El libro se inscribe en esa larga tradición más que centenaria de las vanguardias marxistas por ubicarse en el contexto de estas luchas y clarificar su papel dentro de éstas. Para este fin, tomaron como motivo un evento conmemorativo: los cien años de la publicación del clásico texto de Lenin, *¿Qué hacer?*

Los autores reivindican la validez de la pregunta, pero niegan enfáticamente la concepción y métodos utilizados por Lenin para llevar a cabo la revolución socialista. Se nos presenta no como el infalible y reverenciable, sino autoritario, hegemónico, amante del poder. Y eso se hace contraponiéndole el legado del Marx visionario, siempre correcto, pero desvirtuado por sus seguidores. Ya no es el primero el continuador del segundo, su ingeniero práctico; ahora aparece como el pervertidor de su herencia, reproductor del poder capitalista, un villano para los trabajadores. Marx, el visionario siempre dueño de la verdad; Lenin, la inteligencia luciferina. En contraste, Rosa Luxemburg es reivindicada como genuina paladina de la democracia comunista.

La necesidad manifiesta de la corriente marxista con tradicional presencia en las movilizaciones obreras en todo el mundo se hace evidente en el libro y podría expresarse de la siguiente manera: ¿qué hacemos para integrarnos en esa "ola de movimientos"?, ¿qué análisis debemos hacer, siguiendo nuestra tradición marxista, para ubicarnos y aportar propuestas que coadyuven al éxito del movimiento mundial contra el capital?, ¿consideramos el legado de Marx y la tradición que toma su nombre como todavía vigente para aportar algo po-

sitivo a esos movimientos que, por cierto, han surgido y se han desarrollado al margen del influjo de los análisis y políticas marxistas?, ¿seremos capaces de renunciar a nuestro autoasignado papel de vanguardia del proletariado?, ¿podremos insertarnos en esas luchas renunciando a nuestra pulsión hegemónica?, ¿renunciaremos a tirar línea a las masas? En pocas palabras, ¿seremos capaces de aceptar con humildad intelectual y modestia la validez de la espontaneidad de movimientos que nada nos deben ni hemos creado, pero de los cuales podemos y debemos aprender más que simplemente reinterpretarlos?

Una perturbación afecta a los autores de este libro: los marxistas sienten haber perdido su lugar de vanguardia al interior de esos acontecimientos. Azorados miran cómo va surgiendo un proyecto de emancipación humana del movimiento anticapitalista actual, el cual no se entusiasma, como en la época de Lenin, con la consigna de la revolución socialista. ¿Por qué será?

La lectura del libro me estimuló la nostalgia por mi época de estudiante universitario en la UNAM. En los años setenta y ochenta el marxismo se constituyó en la corriente hegemónica para los programas de estudio en las facultades de ciencias sociales. Todos o casi todos éramos marxistas: los profesores probablemente lo eran por convicción y compromiso; en cambio a los jóvenes no nos quedaba de otra. Los seminarios del capital proliferaban, leíamos con reverencia y encanto los luminosos análisis de Marx y Engels, con igual respeto buscábamos sedientos en Lenin las claves del actuar y pensar correctamente revolucionarios. También Gramsci, Mao, incluso Stalin, luego Althusser, Poulantzas, Harnekerr, Pulitzer, Korsch, Luckas y Kosik eran otras tantas representaciones de la auténtica y única verdad. Ya sabíamos entonces a distinguir a los buenos de los malos marxistas y por demás está decir que aprendimos a rechazar la lectura de aquellos autores que nuestros profesores nos señalaban con el infame calificativo de "burgueses" o "reaccionarios".

En ese contexto resultaba casi natural que muchos buscáramos afiliarnos a organizaciones marxistas: debíamos ser consecuentes y hacer de la teoría revolucionaria que aprendíamos en las aulas la praxis del compromiso con las nobles causas de los oprimidos. El marxismo, sus métodos de análisis, debate y categorías conceptuales nos influyeron y marcaron a muchos estudiantes de mi generación.

Después vino el desencanto respecto al marxismo, pero sobre todo hacia los marxistas y sus organizaciones. Otros, quienes no son pocos, perseveraron en ello a pesar de las derrotas, errores y contradicciones entre el decir y hacer del marxista/comunista. Siguieron y buscaron en Marx los elementos para continuar esta tradición, sofisticaron su lenguaje, desarrollaron pasión por la lucha y el combate y reafirmaron su vocación por encontrar las claves de la verdadera emancipación humana. A este grupo pertenecen los autores del libro, en donde

se pone en cuestión uno de los pilares del santoral del comunismo internacional. Todos los autores de la obra son maestros con indudables méritos académicos y una documentada trayectoria de militancia política.

En aquella época nadie hubiese osado criticar al gran santón de la venerada revolución bolchevique; peor que una anatema: un sacrilegio. Aunque las barbaridades del socialismo real ya se conocían por lo menos desde la época de Kruschev en los años cincuenta, nadie se atrevía a tocar, salvo los "reaccionarios —agentes de la CIA—, poetas malditos", ni a los regímenes comunistas ni mucho menos a los grandes padres (así se les llamaba entonces) del comunismo científico.

Las cosas han cambiado y ahora no sólo es posible sino también políticamente correcto que incluso los marxistas se atrevan a corregirle la plana a tan ilustres personajes: ya nadie teme a las represalias del partido o del comité central; además, ni la persecución ni el ostracismo son la consecuencia que sufrirían los "atrevidos". Y de eso debemos alegrarnos todos, en primer lugar los marxistas mismos. El marxismo y sus integrantes de hoy, liberados del dogma de la ortodoxia y las amenazas de ser excomulgados o purgados, se encuentran ante la posibilidad de recuperar un lugar en los movimientos de emancipación humana que se están gestando por todas partes.

Fieles a su tradición, lo intentan por medio de las armas que mejor manejan: el análisis dialéctico, la reivindicación de la historia como fuente de enseñanzas y la abierta crítica a su propio pasado. De hecho el libro se plantea así: como un ajuste de cuentas con una de sus corrientes formativas (el leninismo) y la apertura sensible hacia lo que muestran los oprimidos con sus movimientos.

De entre los autores del libro quiero resaltar las siguientes aportaciones: Diethard Behrens, en su ensayo "Perspectivas de la política de izquierda. Hacia la creación de una concepción antileninista de la política socialista", reconstruye el escenario de luchas políticas entre las diversas facciones dentro de la socialdemocracia alemana (vanguardia de aquella época). Además, recuerda cómo Rosa Luxemburg criticó tempranamente las pulsiones autoritarias y ultracentralistas de Lenin. Behrens enaltece la valoración que hizo en torno a la espontaneidad del movimiento autónomo de las masas que debería servir como guía y base para la actuación de los revolucionarios profesionales.

Mike Rooke plantea en "La dialéctica del trabajo y la emancipación humana" una reivindicación respecto a la validez que la acción de las corrientes vituperadas por la ortodoxia representan: el comunismo de izquierda y el consejista aparecen como los que mejor entendieron la concepción original de Marx acerca de la unidad entre teoría y práctica.

Alberto Bonet intitula su artículo "El comando del capital-dinero y las crisis latinoamericanas". Aquí realiza, actualizando el enfoque leninista, un sofisticado análisis económico del nuevo y distintivo periodo del desarrollo capitalista

al caracterizarlo como predominio del comando capital-dinero. Aunque sigue imponiendo la explotación y dominación en torno al trabajo, se encuentra en crisis debido al jaque planteado por la permanente insubordinación del trabajo mediante todas las luchas sociales.

El ensayo de Werner Bonefeld, "Estado, revolución y autodeterminación", es uno de los que demuestra la capacidad sensible de los marxistas para imaginar la utopía no autoritaria en la creación de la sociedad de hombres y mujeres libres e iguales, tal como debería ser entendida la aspiración suprema de la teoría y praxis revolucionaria marxista.

A su vez Sergio Tischler, en su artículo "La crisis del sujeto leninista y la circunstancia zapatista", demuestra un analista maduro, dueño de un estilo propio que ha alcanzado un excepcional nivel de teorización. Coincide con la postura de Bonefeld en lo relativo al incisivo desmenuzamiento de la argumentación elitista, aristocratizante y paternalista de Lenin, para quien las masas proletarias son incapaces de realizar por sí mismas la toma de conciencia y acción revolucionarias. Lenin aparece como un intelectual usurpador de la voluntad popular y lo hermana con Weber, teóricos quienes consagran la razón instrumental del Estado como forma burguesa y represiva de acumulación ilimitada de poder. Sin embargo, la vinculación de su análisis con la circunstancia zapatista se queda en la superficie y carece de la fuerza argumentativa presente en el resto del texto.

Johannes Agnoli escribe uno de los mejores ensayos del libro: "La emancipación: caminos y metas". Su argumentación tiene como hilo central la relación coherente que debe existir entre medios, caminos y objetivos de la emancipación. Su análisis se centra en la actuación de los "verdes" en Alemania para señalar la falsedad de aquella estrategia política que postula la participación de la izquierda en las instituciones burguesas para dinamitarlas desde dentro (esta ilusión no considera que a pesar de la flexibilidad contenida en las instituciones, éstas representan y reproducen una dinámica cuyo fin es mantener y asegurar el orden burgués; por tanto no permiten un uso alternativo como pensaban los "verdes" y otras muchas corrientes marxistas, lo cual da como resultado que terminen integrándose a su dinámica, lógica y juegos de poder).

Agnoli demuestra también que las elecciones parlamentarias, con ser un avance democrático indudable, no pueden conducir a una auténtica emancipación. Esto dado su carácter integrativo, aunque la abstinencia electoral —de acuerdo con su análisis— tampoco se demuestra como efectiva para destruir al sistema político, pues dice que "el que calla otorga". Su propuesta dice: intelectualmente no puede resolverse el asunto de la emancipación respecto a un poder como el burgués, perfectamente articulado; debe llevarse a los hechos una forma de acción y organización que evite la oligarquización o jerarquización del organismo emancipatorio. ¿Cómo lograrlo? Pues sólo en el trabajo práctico; es decir, en lo cotidiano

(esa esfera de la vida tan despreciada en los análisis y en las prácticas propias de los marxistas) es donde debe probarse la voluntad democrática de emancipación. Con ello los marxistas serían fieles al legado del autor de *El Capital*.

Cierra el libro un corto pero sustancioso texto de John Holloway: "Revuelta y revolución o ¡lárgate, capital!". Por su estilo y terminología poco parecida a los otros ensayos, es el menos marxista de todos los capítulos del libro. Se atreve a integrar con soltura expresiones coloquiales y conceptos como rabia, grito, desesperanza y angustia existencial, los cuales dan al texto frescura y buen ritmo.

Su propuesta hace reminiscencia al taoísmo: no podemos vencer al poder enfrentándolo directamente, pues implicaría entrar en la misma lógica de guerra destructiva en donde el capital es invencible. La estrategia es darle la vuelta, circular a su alrededor y desarrollar formas alternativas basadas en asumirse como creadores de la propia existencia. Esto se logra confluyendo el hacer creativo con el de otros miles y millones para alcanzar el objetivo anhelado: liberarse del capital desarrollando una sociabilidad alternativa sobre la base de acción solidaria/amorosa, cooperación, reivindicación y reconocimiento de la dignidad humana en todas las personas.

El libro unifica su coherencia discursiva en torno a una forma de crítica a Lenin. Ésta, sólo posible hoy y no hace 20 ó 30 años, intenta rescatar la figura y legado de Marx contraponiéndolo ante la "perversión" leninista. Resalta sobre todo esa actitud de no asumir responsabilidad alguna por los males cometidos. Los autores del libro, como muchos de quienes aquí estamos, compartimos (teórica y emocionalmente) durante algún tiempo (unos más, otros menos) las ideas de Lenin y las defendimos. Entonces ¿por qué no asumir en esta crítica la parte de responsabilidad que nos corresponde por haber aceptado postulados que ahora nos parecen autoritarios y pervertidos?

La crítica ganaría en sinceridad si el ajuste de cuentas que postulan los autores desde el prólogo también incluyera algo similar con el pasado de cada uno. Esa actitud se encuentra en la base del desencanto y desconfianza que generan los marxistas entre los mortales comunes y corrientes, tanto como en los movimientos autonómicos contemporáneos.

No tiene ningún sentido exculpar a Marx de todo pecado. Él era también una persona quien como cualquiera se equivocaba, atravesado por contradicciones e inmerso en las paradojas de su existencia que no podía superar ni el espíritu ni los prejuicios de la época que le tocó vivir. ¿Por qué la reticencia de someterlo a la crítica?, ¿acaso se debe al temor de reconocer su falibilidad, o a quedarse sin el amparo intelectual de su grandeza?, ¿qué sentido tiene condenar a Lenin si no se reconocen las fallas y limitaciones de su maestro?

El visionario brillante no era infalible y alguna responsabilidad habrá tenido en las deformaciones teórico-prácticas que su doctrina generó. El marxismo pre-

sentado en el libro sigue defendiendo a capa y espada, aun contra toda evidencia, la impecabilidad de Marx. La culpa la tienen quienes deformaron su mensaje, él ninguna. Por ejemplo, fue un hijo legítimo de su tiempo, es decir, fue un racionalista consumado; se creyó un científico e incluso Engels lo vio como al Darwin de las ciencias sociales. “Deseó llevar a cabo —sostiene Isaiah Berlin— un análisis racional de lo que hacía que el desarrollo social ocurriera como ocurría”.

En su concepción del mundo continúa el modelo cartesiano: la separación entre sujeto-objeto es radical y la sociedad comunista del futuro continuaría viviendo en el extrañamiento alienante entre naturaleza y humanidad. Esta visión ya implica una postura de violenta sumisión de la primera al dominio y necesidades de la segunda. Lo que actualmente se plantea, ante el desastre planetario, es rescatar saberes tradicionales y nuevas tecnologías que promuevan la empatía, antes que el extrañamiento/violento sometimiento a la naturaleza.

En Marx no se atisba elemento alguno que rompa con la dependencia enfermiza respecto a las necesidades materiales y conocimiento científico racionalista. En este punto ya no es vigente y su pensamiento se contrapone al proceso de empoderamiento personal y comunitario representado por los movimientos emancipatorios anticapitalistas de la época actual. También comparte la soberbia y el orgullo de superioridad racionalista y eurocentrista; se expresa en su concepción jerárquica y lineal del llamado “progreso” de las sociedades humanas. Así entendemos su postura ante la guerra de invasión a México por parte de Estados Unidos en 1847.

En sus conocidos artículos periodísticos al respecto, Marx aplaudía como un avance progresista la absorción de un país “atrasado y caótico” por una potencia económica-militar. Su racismo en este sentido es evidente y no se distingue de los planteamientos del evolucionismo/darwiniano de su época; incluso en esta cuestión se emparenta con el pensamiento racista del Conde de Gobineau. Su fobia antijudía también está documentada, así como el uso del epíteto “negro judío” contra su opositor Lassalle.

Con todo esto no quiero decir otra cosa más que Marx no era a final de cuentas sino un ser humano, con pasiones, fobias y odios. Los marxistas deberían aceptar el hecho con la mayor tranquilidad. Así pues, este autor quedará como un legado para las ciencias sociales, ya convertido en un saber disciplinado en el marco de las instituciones. Los días cuando su doctrina era una fuerza hegemónica en los actos populares ya son parte de la historia. Los movimientos emancipatorios en la actualidad y del futuro surgirán y avanzarán siéndoles indiferente el destino del marxismo como teoría y praxis de la emancipación humana.